



MISTERIO EN EL PALACIO
DEL CONDE DE ARANDA

Pedro J. López Correas

MISTERIO EN EL PALACIO
DEL CONDE DE ARANDA



Primera edición: diciembre de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pedro J. López Correas

ISBN: 979-13-87612-08-5

ISBN digital: 979-13-87612-09-2

Depósito legal: M-26737-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis padres, por todo...

ÍNDICE

CAPÍTULO I: MIS ORÍGENES	11
CAPÍTULO II: EL RESPLANDOR DE ZARAGOZA	35
CAPÍTULO III: LOS FESTEJOS DE OCTUBRE.....	59
CAPÍTULO IV: VIAJE A MADRID	83
CAPÍTULO V: EN LA VILLA Y CORTE DE MADRID.....	105
CAPÍTULO VI: LA DESAPARICIÓN DE IRENE	131
CAPÍTULO VII: CAUTIVO DEL SANTO OFICIO.....	153
CAPÍTULO VIII: DE VUELTA A MI TERRUÑO.....	181
CAPÍTULO IX: MI BODA CON IRENE	207
CAPÍTULO X: ESOS FELICES AÑOS.....	233
CAPÍTULO XI: POR LA RUTA DEL DESTIERRO	261
CAPÍTULO XII: PERSEGUIDO POR EL REY	291
CAPÍTULO XIII: EL ROBO DE LAS <i>MEMORIAS</i>	319
CAPÍTULO XIV: LA VIDA EN ZARAGOZA	345
CAPÍTULO XV: LAS DESGRACIAS EN RUEDA.....	371
CAPÍTULO XVI: VIAJE A SAN JUAN DE LA PEÑA	397
CAPÍTULO XVII: EL REGRESO A ZARAGOZA	427
CAPÍTULO XVIII: UNA VENTURA EFÍMERA.....	455
CAPÍTULO XIX: INCERTIDUMBRES EN ÉPILA	481
CAPÍTULO XX: EL MISTERIO DEL PALACIO.....	507
EPÍLOGO HISTÓRICO: LA MUERTE DEL CONDE DE ARANDA.....	535
ANEXO: PERSONAJES HISTÓRICOS POR ORDEN DE APARICIÓN	543
BIBLIOGRAFÍA.....	555
AGRADECIMIENTOS.....	557

CAPÍTULO I: MIS ORÍGENES

Acabadas las exequias por el insigne conde de Aranda, hoy 10 de enero de 1798, me dispongo al regreso a mi casa en la calle Azoque de Zaragoza. Yo, Beltrán de Rueda, mucho debo a este viejo conde, a veces gruñón, siempre paternal y, para algunos también, arrogante y con señas despóticas. El décimo de los de Aranda, Pedro Pablo Abarca de Bolea, y que hasta su muerte sufrió el sinsabor de, a su entender y al mío, un injusto destierro de la corte de Carlos IV en lo que iban a ser sus últimos años vitales. Desde luego, Manuel Godoy, al respaldo de la reina María Luisa de Parma, le ganó un pulso que abocó a España a una guerra con la Francia. Y a todas luces con visos de perdedora, como así sucedería. A lo que a mí respecta, sin el brazo mitigado del conde de Aranda libertando a mi persona nada se entendería, abarcando además la acogida en su palacio de Épila, ya forzado su ostracismo en referida villa aragonesa. Edificio señorial, a su vez, lleno de oscuros enmarañamientos y fatales desenlaces, donde no sabría decir si más poderosa la intriga o el enigma. Pero sin concatenar los hechos nada se comprendería...

Mis raíces antepasadas provienen, todavía sin cúmulo de desfallecer, de Rueda a orillas del Jalón. Mi padre, Martín, era

el albéitar del lugar, como lo fue mi abuelo, mi bisabuelo y así todos mis ancestros si rebuscáramos en el confín de los tiempos. Y todos ellos sin salir del vizcondado de Rueda, título que el rey Pedro IV de Aragón daría a las villas de Rueda y Épila en 1366, y siempre adeptos y fieles a los diferentes condes de Aranda. Por su parte, mi madre, Ana, bastante tendría con la crianza de mis hermanos Alfonso, Juana y yo mismo, que ocupaba el lugar entremedio de ambos; así, como ayudas urgentes a mi paterno cuando muchos eran los animales que atender por enfermizos. Mis correrías infantiles por las calles del Barranco, de la Iglesia (incluidas las incursiones por las capillas del edificio eclesial), del Fosal, del Pontarrón, pero sobre todo de la Plaza que era la más apropiada para espaciar, diría que aún frescas las tengo.

A mi entender, aunque nada escrito ni verbo hay que lo atestigüe, mi familia siempre ha contado con el amparo y la protección de los diferentes condes; y no por las urgencias que deberían subsanar y atender en sus caballerías y mulas (pues como vasalla suya que era, poco se contenía el margen de desobedecer), sino por algo esbozado que mi abuelo Anselmo me contaría sobre unos hechos que ocurrieron muchos años atrás. Que aunaría al propio Justicia de Aragón con el condado de Aranda en fatal coyuntura. Todo quedaría inconcluso en ese momento, yo por muy zagal y pocas entendederas y mi pobre abuelo, al poco, por quedar sin hálito vital. Pero mi cacumen no lo dejaría en el olvido. No obstante, y poco a poco lograría sonsacar a mi padre por la azuzada persistencia de mis 11 años, ¡y qué él mismo nublabá sobre el germen de su raíz!, lo que mi ascendiente me abocetaría un día.

—¡Pero cómo sabes eso, si a mí me lo contaron con barba hacinada! —exclamaría mi paterno de lo más sorprendido.

—Mi barbilla es de las invisibles, padre —le contesté chistoso, obligándole al explayo.

—Mira, Beltrán, el conde Pedro Pablo nos tiene en alta estima por unos hechos, aun lejanos, no están olvidados ni en su retina ni en la de sus antecesores. Un antepasado nuestro, Damián, ayudaría al conde Luis Ximénez, el IV de los de Aranda, a esconder a su primo Juan de Lanuza, Justicia de Aragón, cuando los Fueros de Aragón fueron conculcados en 1591 por defender a un secretario huido de la corte del rey Felipe II. Antonio Pérez se llamaba...

—¿Y en qué consistió esa ayuda? —le ensarté repentino.

—¡Déjame seguir...! Ambos personajes, junto con el duque de Villahermosa, por Fernando de Gurrea y Aragón respondía, se dirigían a todo galope a Épila para conformar un ejército que se enfrentase al del rey. Pero a unas 3 leguas de Épila, entre Urrea y Rueda, una pata del caballo del conde Luis se lastimaría; casualmente nuestro antepasado Damián se encontraba en las cercanías por algún menester, intercambiándole su caballo por el leso. Y a los días devolviéndoselo totalmente restablecido. Detalle en apariencia nimio. Pero en esos días tan trascendentes para sus vidas, dicho fragmento de conducta tendría un significado valor.

—¿Y cómo acabó todo? —precipité, ante la posibilidad de que diera por concluida la historia.

—¡Mal, hijo, muy mal! El rey mandó a Zaragoza un ejército de 10.000 hombres dirigidos por Alonso de Vargas y los cabezallas del todo desbaratados...

—¡Qué quiere decir desbaratados! —me quejé raudo, al coincidir con llamada aldabeada y riesgo de peligro en el remate.

Con mi suspiro exhalado por alivio, menos mal que era madre. Escurriéndosele, al que media vida me engendró, sus ganas de que otra persona fuera.

—¡Vaya, Beltrán! Veo que no voy a evitar lo más aflictivo. Pues... el Justicia degollado en la plaza del Mercado de Zaragoza a finales de ese mismo año; el conde Luis murió de tífus al noveno día de estar prisionero en la fortaleza castellana de Coca y, por su parte, el duque en el castillo de Miranda tampoco pudo sobrevivir a una muerte repentina. Feneciendo ambos en el transcurso de 1592. ¡Ahora ya lo sabes todo, así que déjame saludar a tu madre! —pero revolviéndose y como enfadado, todavía le daría tiempo a lamentarme algo más—. ¡Y el pájaro de Antonio Pérez volaría al Bearne francés!

Esta historia me ayudaría a entender la visión, subyacente en mi recuerdo de niño, de una persona de lo más atildada y engalanada en mi casa de Rueda, era el propio conde Pedro Pablo. En sus esporádicas escapadas como embajador de París a sus señoríos aragoneses, algún resquicio tuvo para visitar a mi abuelo Anselmo, que siempre le guardaba tabaco rapé (sabiendo de su afición a fumar), compartiendo ambos alguna excursión hasta la finca de recreo condal de Mareca; saludo que, igualmente, se extendía a mis padres. Pero a mí, más que la lucidez de sus ropas y de su caballo, lo que me importaba era si echaba mano a su zurrón; eso significaba que nos traía alguna tabla de chocolate de ese tan afamado de la Francia; ¡a veces hasta tres!, por lo que no teníamos que reñir los hermanos. Y aunque a la hora de su entrega siempre nos daba un pequeño pellizco en los mofletes, deseosos estábamos de padecerlo; haciéndole gracia que yo fuera siempre el que pusiera la cara sin tan siquiera ver la primorosa delicia. De la misma manera, a mi gustaba compartir alguna porción de tan edulcorado tesoro con mis amigos Ervigio y Juan, los cuales la intermediación de mi casa vigilaban en espera de noticias cuando vislumbraban a tan ilustre visitante. Que yo, sabedor,

enseguida les adelantaba la ventura con mis manos levantadas. Asimismo, debo reconocer, que tan estrecha relación de Aranda con mi entorno familiar se tornaría crucial en mi devenir futuro.

Ya de joven me gustaba hacer escapadas a la villa de Épila, ya que una legua a caballo a nadie preocupaba. Allí vivía mi tío Pedro, carpintero de profesión y que participaba en la construcción de la nueva iglesia de Santa María la Mayor, mandada hacer por el conde de Aranda y que a partir de 1771 correría a cargo del arquitecto Agustín Sanz. Pero que también estaba su hijo Matías en obrar la fachada. Toda ella muy monumental y de tres naves; mi pariente me recalca que era copia de la del Portillo de Zaragoza. Sin ser molestia, con él me pasaba horas. Y en uno de esos días...

—Mira, Beltrán, esos pintores que están pintando las bóvedas y que parece que se juegan sus vidas en esos andamiajes, ¡aunque no se caerán porque los he preparado yo, ja, ja, ja...! son de los más significados de nuestro Aragón. Ese de allí es Mariano Ponzano, y el de más allá fray Manuel Bayeu —señalándolo con su índice—, que aseguran es cuñado del renombrado Goya.

—¡Uf! ¡Uf...! Entonces solo por subir tan alto, ya deberían tener ganado el Cielo —resoplaba yo.

—Ahora, sobrino, desciende tu vista y admira ese sarcófago que parece sostenido por leones, con un bonito altorrelieve a modo de retablo que lo circunda y protege.

—¿Y a quién resguarda, tío Pedro? —ya de lo más interesado.

—Es el sepulcro de Lope Ximénez de Urrea, que fue virrey de Sicilia en 1443 y también el padre del primer conde de Aranda, igualmente llamado Lope.

Mientras paseábamos por las naves, en un momento de su receso, me iba hablando de las diferentes capillas y sus consiguientes retablos que se tenían pensados para tan sagrado edificio. Hasta que al llegar a un espacio de la nave izquierda, me sujetaría el paso ligero de mis pies. Ya reflejo de las ganas de irme.

—En este asiento que pisamos, Beltrán, estaba la casa de nuestro magno inquisidor Pedro Arbués, beatificado en 1662 por el papa Alejandro VII, y solar donde expelería su primer lloro de vida. Y aquí, en su honrada, se instalará la capilla que llevará su nombre; las plegarias de los feligreses de Épila a su regazo en este recodo, si fe tienen, cobrarán más fuerza si cabe. Pues las aportarán a uno de su misma raigambre.

—Mucho sabes de todo, tío —me limité a decir regocijado.

—Es lo que toca en estos tiempos, sobrino —acotó él con amplitud de sonrisa.

La vuelta a su trabajo, me permitiría ya despedirme de mi versado familiar e ir a visitar a mi tía Ángeles, mujer de Pedro, en la calle Tripería (allende habitada por familias judías hasta su expulsión en 1492). Yo por entonces nada sabía de inquisidores, y que su fanático resguardo de la fe cristiana me alcanzaría un día entre sus garras. Solo sabía que mi tía Ángeles me daría de merendar a suerte de querubín fuese bajado del Cielo. Mientras todo aplicado jamaba unas sardinas rancias como si no hubiera un mañana, aparecería mi primo José todo acalorado y sudado, pues venía de su clase de esgrima, y que solo perdonaba por enfermedad o ausencia del maestro. Sabía, porque se lo había oído a mi padre, que esta instrucción era muy aplaudida entre los más jóvenes y que, a la sazón, ya desde más de doscientos años previos al hoy tenían su existencia, cómo si la lucha contra el moro estuviera inconclusa.

Al verme, mi primo —tres años mayor que yo— me fundiría en un fuerte abrazo, hasta el punto de casi tragar para dentro una raspa de la parrocha que debería salir para fuera; a lo que se sumaría la hediondez a sudor en mi pulcra y albina camisola prevista con tiento para tal escapada.

—¡Primo, alegría la que me das! Si comes mucho, engordarás y no verás siquiera el mango de la espada, ja, ja, ja... —me dedicaría todo guasón.

—Prefiero el olor a sardinas que el de sangre de algunos cortes en tus brazos —devolviéndole la chanza sin llegar a carcajear.

—Ja, ja, ja... ¡Vaya lengua socarrona que tienes, Beltrán! Podrías aprender con espada y rodela, eso es más abrigado. A mí me gusta más con espada y capa, aunque tendrías que ver a los que aúnan espada y daga. ¡Esos sí que llevan tajos...!

—¡Deja tranquilo a tu primo, José! Es preferible la inteligencia a la fuerza, y eso apunta Beltrán a tener. Bueno, eso y a comer sardinas como si le fueran a ser robadas, ja, ja, ja... —apostilló mi tía entre risas.

Como siempre ocurría en mis evasivas a Épila, ese día también transcurrió de lo más placentero. Me llevaba en la talega la sabiduría de mi tío Pedro, la bonhomía de mi tía Ángeles y el apego de mi primo José. Aunque este, percibí que no compartió conmigo el tiempo de otras veces y que sus ganas de levantarse a mirar por la ventana no fueron pocas; escapando presto en un momento dado. Luego, me enteraría de sus amoríos con una tal Tomasa del barrio de San Juan; comprendiendo, con el tiempo, que era causa más que justificada. Transcurrido lapso, conocería que fue un amor cuajado y lacrado en la caduca Santa María la Mayor. Empero fue boda envuelta en tinte entristecido, con mi tío ya finado y las campanas recién

traídas para la iglesia nueva del todo silenciadas en póstumo recordatorio (por júbilo, su deseo era tocarlas él mismo en tan magno acontecer). Finalmente, sería un enlace al que yo tampoco podría asistir por estar envuelto, ¡sin saber cómo!, en quebradizo avatar con el hermético y anubarrado tribunal inquisitorial del Santo Oficio. Por lo pronto, tan señalada jornada ya estaba bien empleada. Sin más, la vuelta a Rueda se haría de lo más perentoria para que ningún castigo pusiera en peligro las escabullidas sucesivas.

En otras esfumadas a Épila, mis huellas se perdían entre pelaires y telares; me gustaba ver el torbellino manual de sus trabajadores como si de una colmena haciendo miel se tratara. Me satisfacía pasar tiempo con Herminio, encargado de la principal fábrica textil y viejo amigo de mi padre, que mucho era lo que me explicaba y más lo que sabía por su amistad con Onofre de Asso, administrador y gobernador general del conde de Aranda (Buenaventura Abarca de Bolea —y padre del finado Pedro Pablo—) desde 1734 hasta las postrimerías de su muerte en el Coso zaragozano allá por el año 1764. Eso ocurriría una de las veces, viéndolo sentado con su cayado reclinado en la pared.

—Mira, Beltrán, en esta villa no son pocas las familias que viven del cardado lanar y su consiguiente hilado, afirmarí­a que más de 28 pelaires son los establecidos y alrededor de 14 pequeños obrajes los contados. No son pocos los años que se sobrepasan el límite de 800 piezas de paños dieciochenos, hazaña a la par de gran ciudad. Este laboreo alimenta muchas bocas: a pastores que gustan de tener ganados, a esquiladores que compaginan con sus ocupaciones, a cardadores e hilanderos cuando llega el momento de la manufactura... Las mujeres pueden criar porque no les va a faltar la comida a sus hijos —aseveró finalmente.

—Gusta saber que a los vecinos de Épila no les va a faltar el pan en el futuro —subrayé con levedad, ya que mi conocimiento dentro de su sabiduría se adentraba.

—Además, mi joven amigo, todo está bien organizado y reglamentado con unas ordenanzas que ahondan en el año 1747; poco a poco, los aprendices van aprendiendo de sus maestros. Se podría decir que es una cadena como la vida misma, como la que dan los padres a los hijos —terminó de decir, mientras metía la mano en su alforja.

—Gracias doy, por compartir tu saber —correspondí, ya que solo escuchar me concernía.

—¡Anda, calla! ¿Quieres un trozo de tocino, jovenzuelo? Es de la carnicería de la calle El Burgo, la mejor de todas. Llevo también cuscurros de pan, pero vino no te doy que tienes que volver a Rueda. Voy a aprovechar la sentada para calmar a mis quejosas tripas, ja, ja, ja... —rezumando buen humor.

—¡No, gracias! Mi caballo relincha en demasía cuando retardo los regresos —le contesté, también con sonrisa.

—Y no olvides de saludar a tu padre Martín de mi parte, soldada es nuestra amistad. Amén que tu abuelo Anselmo y yo éramos como parentela. Pocos días son los que se me escapan sin acordarme de él —lo que sería verdad por su repentina rojez en ojos.

—¡Lo haré, lo haré..., Herminio! ¡Hasta otro día! —levantando la mano a modo de despedida.

Con los años, ya viviendo en Zaragoza, conocería al hijo del gobernador Onofre, Ignacio Jordán de Asso. Compartiendo más de una tertulia, y un té mentolado la primera de las veces, en uno de los mesones de la calle San Pablo, que él agradecía hasta tomando apuntes. Entonces, no eran pocas las situaciones de hablar de su estimado padre y, a su respecto,

la humilde aportación de saberes de los que yo pudiera tener cúmulo por alguna transmisión. Teniendo fresca la del encargado Herminio. Ya que estaba en plena redacción de un significado trabajo y que iba a intitular: *Historia de la economía política de Aragón*, y que todos los datos participados serían pocos. Tanto al entrar como al salir del local tabernero, un gran cartelón nos llamaba la atención a ambos y que siempre nos salpicaba mueca graciosa: «No compres a regatón ni te descuides en el mesón». Pero al mismo tiempo nos obligaba a tocar nuestros bolsines, por si habían sufrido alguna asechanza y contratiempo...

Mi vida en Rueda resultaba de lo más plácida. De juegos y escondidas por el viejo castillo, que dicen databa del siglo IX y *Ruta* su primer nombre, con mis amigos Ervigio y Juan. Sin embargo, estos preferían que yo fuera el escondido y no el buscador, porque enseguida eran localizados. Debiendo aguantar mis risas y chufas. La intuición y perspicacia eran dones, que sin yo saberlo, aflorarían en mis adentros ya desde muy temprana edad; por lo que a Dios daba gracias por saberlos utilizar. Asimismo, éramos adoctrinados en la religión de nuestro Cristo en la iglesia de Santa Ana, que igualmente dicen que fue hecha antes de que el rey Felipe III expulsara a los moros que no rezaran a la cruz. El cura Sulpicio nos metía el miedo al Infierno y nos presentaba al mismo demonio como el tétano afecta a la salud, siendo nuestro rostro el principal objetivo de su saña a través de espasmos y contracciones. Pero luego lo veías beber vino en la taberna, y ya pensábamos que lo que decía no era para tanto... Quizá, debo reconocer, lo más importuno de aquellos felices años fue la obsesiva atracción que mi persona causaba en Matilde, una chica de la calle Fosal. Y no es que no fuera atractiva, porque su larga

melena negra y ojos aclarados, amén de tres años mayor, la agraciaban, pero yo estaba más enfocado en el aprendizaje de las letras que el maestro Cirilo nos daba en la escuela y en no brotar inconveniencias que un día pusieran en peligro mi gran mira futura, la de marchar a Zaragoza lo antes posible. No obstante, un atardecer, como hembra osada, no reprimiría su ansía y me atajaría de camino a casa.

—¡Muchacho, es que no descifras a mujer arromanzada! Te hago señales de dispersa índole, y hasta te pisé en procesión callejera para que desembarazaras tu timidez. Al igual que te arrastro al mismo pajar con mi mirada...

—Agradezco, Matilde, tu interés por mí. Aunque no lo entiendo, habiendo hombres de más arrastrada edad y brazos vigorosos; ellos podrán cuidarte y protegerte como mereces... —aderezadas palabras las mías, en pos de provocarle rechazo.

—¡Ansío carne fresca y sin restregar con hembra! ¡Y sin desflorar estás...! —desgarraría con vehemencia sin reparar en virtud de mujer pudorosa.

—Derrotero impropio el tuyo, Matilde —me limité a decir.

—Pronto será la romería a los montes de Rodanas, allí entre rezos a la Virgen se encuentran también los pinares donde las parejas retozan sin ojos perturbadores. Yo entre los más espesos me encontraré... —acabó de ensartar, sin terminar de irse.

Sin desprender más verbo, pero intensificando la mirada reprobatoria (dando muestra inequívoca de que tal situación no acontecería), aceleraría el camino de casa. Mis 14 años recién cumplidos ya daban para satisfacer el instinto carnal, pero no con mujer cualquiera y menos sin un ápice de sentimiento. Mi corazón lo resguardaba entero para hembra, que sin maleficios, uniera su alma a la mía. Y como devoto cristiano que era,

por instrucción familiar y no por predicación tremebunda del cura Sulpicio, en manos de Dios dejaba su propicia aparición.

Por estos años de juventud, el eco de la creación de una Sociedad Económica en Zaragoza por mentes preclaras para revitalizar la economía aragonesa y bienhechora de cultura ya llegaba por estos lares, máxime cuando el propio conde de Aranda era uno de sus impulsores. Por lo que mis ganas de marchar a la ciudad aumentaban cada día que pasaba. Además, ante mis propios ojos se vislumbraba una gran obra canalizadora para expandir el regadío por tierras secas, un Canal Imperial llamaban y con el canónigo Ramón Pignatelli en su directriz desde 1770 (aunque sería el XII de los condes de Sástago, Vicente Ferrer Fernández, el que la concluiría en 1796). Sabido era, la piedra de las canteras de Montolar y la Serreta de la cercana Urrea contribuían a su obra; siendo muchos de sus extractores de la propia Rueda. Impregnados están, incluso hoy, en mi retina los desconsolados lloros de Isabel, la vecina más contigua, por la amputación de la pierna diestra de su marido Fernando al volcar su carretada de cantos pedregosos cuando hacia Grisén la trasladaba; e imborrables son las idas y venidas de mi madre Ana a su vivienda, convertida en embalsamado paño de lágrimas, pues hijos no tenían. Del mismo modo, la dicha quiso que fuera mi hermano Alfonso el que siguiera con la saga familiar de satisfacer al cuidado de animales en todo el vizcondado, al igual Épila que Rueda, y más allá si el conde lo reclamase o particulares lo conociesen. Por lo que la forja de marchar, en vez de aminorar se iba agrandando cada vez y noche que, sentado en banco de piedra, me turbaba y dejaba cegar por el destello parpadeante de las estrellas.

Hasta que el pretendido adiós fraguase, como punto más de mis huidas a Épila, gustaba de visitar a Joaquín, mayordo-

mo del edificio palaciego del conde de Aranda en la villa y ya con sus años entrados. Residencia, a la postre, convertida en la enseña principal del extenso legado recibido por los Abarca de Bolea. Cuyos primeros cimientos se remontaban al lejano siglo XV. La mella de afectuosidad de Aranda por mi familia, y que sobredicho encargado estaba al corriente, hacía de estos encuentros que mis sentidos explosionasen. Ya que todo me contaba y todo me enseñaba, hasta el punto de parecer mis ojos salirse de sus órbitas cuando los recovecos se hacían oscuros, como si aprestado búho fuese. Ignorancia la mía, por entonces, de la importancia que esos saberes y advertencias tendrían en un futuro que el horizonte se encargaría de reclamar. Así, en uno de esos encuentros, la asistencia se alargaría en demasía, hasta el punto de no escapar de la preocupación materna y de la reprimenda paterna por mi llegada tardía. Pero, desde luego, de lo más aprovechada...

—Ya sé, Beltrán, que siempre te quedas mirando el centro del frontón en singular portada que reluce buena sillería de la vecina Calatorao, donde unas palabras nacen de la mano de un corazón...

—¡Sí, sí...! ya que mi latín todavía no está ducho —acordándome que mi maestro Cirilo tampoco lo era—; desmigajada es la comprensión —le interrumpí.

—Pues estas son, muchacho: «*Videte qua non soli mihi laboravi...*» —tensando un deliberando silencio, con clara intención jocosa de enervarme.

—¡Pero si eso ya lo veo escrito, Joaquín! —clamé con ímpetu.

—Ja, ja, ja... —reluciendo su chanza—, te lo digo, te lo digo.... «Mirad que no solo trabajé para mí», es lo literal. Mi pensar es que transmite la significancia de los vasallos en el propio mayorazgo y que ellos, nosotros, somos el principal

valor tangible. Además, todos los condes al servicio de reyes han estado. El actual, ahora en la embajada de París, a disposición del rey Carlos III se encuentra —terminando su propaga con una palmada sobre mi hombro.

—Mi nudo ha sido desembrollado, Joaquín, agraciado me siento —devolviéndole sutil golpeo en su espalda.

Con mi criterio en desarrollo, no reparé en tal enaltecimiento al poseedor de vidas ajenas. Porque, a la vista estaba, mis ojos también discernieron rincones de escasez e indigencia cuanto la edad más entraba. Pero justicia es también decir que desde la expulsión de los moros en el lejano año de 1610, desocupando las muchas casas y tierras de estos lares, los condes de Aranda se habían preocupado de repoblar estas tierras con otras gentes. Algunas difíciles de entender, ya que por vascas, francesas e itálicas se referían. Asimismo, con rebaja de imposiciones señoriales para redimir las consecuentes flaquezas de riqueza de tal deriva. Pero lo importante, lo crucial de ese día (aun acabado en reprensión paterna por olvidadizo retorno) fue que no solo supe de la portada palaciega, sino de todas las estancias y recovecos de su interior...

—Ya habrás observado que aquí donde estamos, fachada principal frontal a la iglesia nueva que se está construyendo, el edificio tiene dos niveles; a la espalda, delantera a los jardines y huerta, serán tres separados por cornisas horizontales. El desnivel del terreno en uno y otro lado es su causa. Pero entremos, ¿si no te dan miedo las oscuridades, claro?, ja, ja, ja... —riendo mientras cogía una de las antorchas.

—Tu apego es mi luz —respuesta que le trastocó un tanto, al venir de ser imberbe.

—¡Ah, bueno...! En el entresuelo están las cocheras, cuadras, almacenes de grano y herramientas precisas, al igual

que con pasos ahondados te toparías con sótanos tenebrosos; a la izquierda es donde vivo yo y el resto de la servidumbre, sin falta de fogones y cocinas. Si fuéramos por el zaguán y no perdiéramos de vista esas escaleras, nos llevaría a las estancias principales y al Salón Principal, donde tus ojos reverberarán infinita belleza. Pero vamos por aquí..., es el camino a un pasadizo que pocos conocemos y que comunica con el convento de la Concepción, fundado por el conde Antonio Ximénez de Urrea y su esposa Luisa Padilla y Manrique en el año 1623, y que algún otro día será causa de que seas instruido. Por él, los condes pueden asistir a celebraciones sin ser vistos, al igual que ver al pueblo por la disposición de un intencionado ventanuco transversal. ¡Cuidado con esos escalones, Beltrán! Que vamos por un atajo para llegar al pregonado Salón Principal, y que su techumbre nada tiene que envidiar al Salón Dorado de la Aljafería de Zaragoza. ¡Mira, ya hemos llegado...!

—¡Parecen las estrellas del cielo! —exclamaría, al levantar la vista sobre la techumbre.

—¡Así es, joven Beltrán! Los carpinteros mudéjares se aplicaron en su alfarje, todo madera decorado con motivos vegetales y escudos heráldicos, sin descuido de molduras en relieve. ¡Pero baja la testa y mira su amplitud! ¡Con sus 26 varas de largo y casi 10 las extendidas en anchura, y sin pilares que lo interrumpan...!

—¡Toda Rueda cabe! —le atajé.

—¡Y todo el condado de Aranda, ja, ja, ja...! No faltan los bailes de disfraces cuando el conde está en la villa, y hay quien aprovecha el camuflaje sin ser invitado... ¡pero pocos son los que lo consiguen, ja, ja, ja...! —sin esconder alborozo—. Más adelante está el despacho del conde Pedro Pablo y la misma belleza abarcada en su firmamento... ¡Ay, ten cuidado, Beltrán...!

—¡No se ha caído, Joaquín, no se ha caído...! —me apliqué a responder.

—Esa escultura de porcelana es de su fábrica de cerámica de Alcora, en tierras levantinas, y más valiosa para el conde que una mina de plata del Potosí. Se trata de Alejandro Magno a caballo a punto de atropellar a un rey que le pide clemencia, sin que falte el simbolismo de una pirámide egipcia. Menos mal que la has sujetado a tiempo, jovenzuelo. Hasta el propio conde, abandonando sus compromisos en París, se hubiera presentado a evaluar tal destrozo y te aseguro que sin las tablas de chocolate que siempre aguardas —con rictus de amargura y sin posibilidad alguna de entrever su exagerado encubrimiento.

—¡Uf, al Cielo doy gracias! —llegué a decir con más balbuceo que otra cosa.

—¡No es para tanto, Beltrán! —con sonriente mueca y sonado palmetazo—. La fábrica de loza está en todo su esplendor, y las deterioradas o rotas con presteza las reponen. El padre del actual conde, Buenaventura Abarca de Bolea, la fundó en 1727 y, se dice, que de muchas cosas son eximidos sus trabajadores: de alcabalas, de sortear en quintas, de fortificar, de requerimientos de alojar y, así, como de otras prestaciones que otros nobles quisieran para sí. ¡Ah, mira! Este corredor nos llevará a la atiborrada biblioteca, donde pocos saberes son los no auscultados. Puestos ya, acabemos de recorrer el palacio; faltan salas por escrutar y algunos armarios tienen vida propia... —terminó diciendo con énfasis de secretismo.

Aun tarde. Todos los rincones del edificio palaciego serían motivo de inspección por mis óculos soliviantados, en espera que algún mobiliario exhalara, repentinamente, la brujería anunciada. No quedaría defraudado, ciertas alacenas y

estantes ladeaban si con concreción era tocada, y con enfoque a estrechos corredores de los que para nada quise saber su final, ya que su oscuridad dibujaba a las mismas tinieblas del Infierno. Y hasta alguna estantería llena de gruesos libros y archivados papeles no era lo que parecía. Agradecí a Joaquín la confianza de revelar tan agudas confidencias a joven lampiño, aunque crecido en ideas. No obstante, en su despedida noté un poso de amargura, una mirada triste y cabizbaja, y una cachetada última sin fuelle alguno. Como si la propia existencia se le fuera a escapar de las manos y tuviera la obligación de que los encubiertos del palacio no quedaran en olvido, y sí en persona que los conllevara con buena finalidad; si tal punta se hiciera precisa y necesaria. Marcharía raudo a Rueda, sabedor de la intranquilidad de mis paternos. Pero con la culpabilidad interna del todo sesgada, ya que tardanza mejor aprovechada no la habría. A los meses, me enteraría, unas fiebres acabarían con la vida del fiel mayordomo del palacio. Más, sentí, con mi alma pesarosa por la desaparición de sus afectuosas palmadas y más, pensé, con su misión ya del todo cumplida...

Corría el año 1785 y mi sangre hervida por marchar rumbo a Zaragoza, mi sed de conocimiento así me dictaba ya atestigüados los 16 años de vida por todo el vizcondado. Que supiera inherentes secretos palaciegos en modo alguno debía demorarme. En nada me afectaban ni en presente ni en futuro. Al menos, eso, es lo que creía, o, eso, con pueril inocencia pensaba entonces. Además, por mercaderes sabía, que en la no lejana La Almunia estaba latente una epidemia de viruela, y que el contagio llegaba con presteza a la vecina Épila. Lo que significaba la proximidad de la muerte. Que si, de momento, no dieztaba a dichas poblaciones, sí se aproximaban las vo-cinglerías de que afectaba mayormente entre los más jóvenes

y párvulos. Yo, tenía constancia de las costras nauseabundas que provocaba en rostros y cuerpos, deformándolos, por casos en mi originaria Rueda y la contigua Lumpiaque. Por lo que estar lo más alejado posible de tan terrorífico azote era otra causa que impelía profusamente a mi sustancia de partir. Pero sería otra enfermedad la que me retendría un tiempo más, y mi hermana Juana afectada con empaque...

—¿Qué le pasa a Juana, madre? —quise saber.

—Durante tres días unas fuertes calenturas le han ido yendo y viniendo a su libre antojo como si en el Infierno tuvieran su fábrica. Al sentirse mal, empezaron los escalofríos y titirites, luego las fiebres altas y ahora, ¡ya la puedes ver!, comida por el sueño y fuera de todo existir —sin poner retener el gimoteo al unísono de mirarme a los ojos.

Al momento, mi madre se limpiaría sus óculos cristalinos al sonar la aldaba de nuestra vivienda. Era Manuel, el médico. Que sin ser de la familia del todo lo parecía. Y, adelantándome a la angustia materna, la misma pregunta le haría.

—Mira, Beltrán, tu hermana tiene unas fiebres que llamamos «terciarias», porque su intermitencia suele ser de tres días; aunque propio es llamarla enfermedad de paludismo. Finalmente, la somnolencia se apodera de todo su ser, y en ese estado se encuentra todavía hoy. Mi interés, ¡del todo sumo!, se enfocará en curarla al igual que tu padre Martín, el mejor albéitar que conozco, ja, ja, ja..., hace con mi caballo cuando desvarío tiene —animosidad que, igualmente, transfería a mi madre Ana.

—¡Pero cómo puede ser! ¡Si a cuidados por nadie es superada! —le arremetí.

—Seguro que algún remojo se ha dado en el río Jalón o en el manantial que riega la acequia de Pontil... —me contestó el galeno a medio acabar de decir.